

ZOÓMTOMA (σύμπτωμα)

DEL SÍNTOMA AL ZOOMTOMA. ¿UNA CLÍNICA SIN CUERPO?

Enrique Tenenbaum
Trilce / Buenos Aires

EL ZOÓMTOMA Y SU RELACIÓN CON LA PANDEMIA

Voy a trabajar estos tres términos, clínica, síntoma y cuerpo, a partir del interrogante planteado, ¿una clínica sin cuerpo?, interrogante que no merece una respuesta binaria por sí o por no.

Decía Lacan que el síntoma conserva un sentido en lo real¹, es el sentido el que lo hace interpretable. En tanto sostengamos una práctica de interpretación de lo que conserva un sentido en lo real estaremos en el campo del psicoanálisis.

“¡Estoy harta del Zoom!” me dijo una paciente días atrás. “Cuando termino de trabajar no quiero ver a nadie”, naturaliza... De pronto ese significante, cuya referencia inicial fue fotográfica, y cuyo sentido era agrandar o achicar una imagen, lo que derivó en un paso de sentido: acercar o alejar una imagen, ahora se refiere a juntar imágenes que representan personas que no están juntas más que por compartir un algoritmo: ID y contraseña.

“Te vi en el Zoom”, “Estábamos juntos”, un cuadradito al lado del otro, como cuando en una foto se ve a dos amigos sentados en bancos vecinos en la escuela. “Capturé la pantalla, ahora te la mando”. Frases de esta época. A la manera del estadio del espejo, ya no estamos en vivo, como se dice, sino en la pantalla. Ahí es donde estamos, con otros, junto a otros, gracias al Zoom.

Un nuevo sentido para una vieja palabra, y con alcance global. Hace seis meses apenas, preguntaríamos a los analizantes por el sentido referencial del término Zoom. Hoy es un significante nuevo, un nuevo significante amo.

¡Con el Zoom finalmente entendemos lo que es la globalización! Es estar en un mundo de manera estrictamente remota. Lo remoto no es lo virtual, retomaré este punto más adelante. Hoy ya no hay primer mundo y tercer mundo como zonas geográficas con fronteras y aduanas, hoy hay diferentes velocidades de conexión y diferentes planes de datos. “Conexión inestable” ha reemplazado a “personalidad inestable”. La conectividad ha entrado en la conversación.

El síntoma es, en su etimología, lo que cae junto. El zoom nos permite vernos juntos, compartimentados, en una pantalla. Junta lo disjunto. Esto es por el hecho de que hablamos, de que somos *zoon politikon*, animales parlantes según Aristoteles, o parlantes, si glosamos al neologismo parlêtre de Lacan.

Pasamos imperceptiblemente del cuerpo hablante a la imagen parlante.

¹ Lacan, Seminario XXIV. 15/3/77

¿Habla un cuerpo o habla la imagen? Para aquellos que transitamos favorablemente por el estadio del espejo, diferenciamos entre el cuerpo, sitio desde donde la voz como sonido se profiere, y la referencia simbólica que opera como instancia tercera, como alteridad. ¿Qué ocurrirá con los niños criados en la pandemia, para quienes hay voces que salen de la pantalla, voces que salen de la dimensión dos, la de la superficie, sin remitirse a la dimensión tres que es la de los cuerpos en el espacio? No sabemos, aun, si nos preguntaremos alguna vez por el misterio de la pantalla parlante, en vez de preguntarnos por el misterio del cuerpo hablante.

Otras prácticas. Otras escrituras. Tal el título de este seminario, decidido a fines del año pasado. No sabíamos que estábamos adelantando algo. ¿Por qué otras? ¿Cuáles son las unas? Decir Una es sostener un ideal.

¿Qué idea? ¿Qué ideal, respecto del psicoanálisis, habrá caído o estará por caer?

Propongo la clínica como clinamen, como desvío, inventando una etimología diferente a la de la clínica como *klinos*, como inclinación al lecho del enfermo. El clinamen es lo que se desvía de la ortodoxia, de la línea recta de la caída de los átomos. Desde la *psicopatía sexualis* de Krafft-Ebbing la clínica se desarrolla a partir de la llamada normalidad. También así fue para Freud.

¿Las prácticas clínicas remotas suponen un desvío respecto de la normalidad supuesta de una ortodoxia psicoanalítica del encuadre o del dispositivo?

ZOOMPTOMA SUENA A GRIEGO

Hablemos de los griegos...

Platón reunía a su tribu en las afueras de Atenas, en el templo de Academo, y allí practicaba la construcción de la idea bajo la perfección atribuida a la geometría. More geométrico. Que nadie entre en este templo si no domina la geometría, estaba escrito allí. Mundo de élite, dominio de la abstracción, primacía de la idea por sobre los cuerpos.

Aristóteles enseñaba en el centro mismo de la ciudad, a las puertas de un gimnasio, el Liceo, y enseñaba caminando: los peripatéticos son los que caminan, la gimnasia no se lleva necesariamente mal con el pensamiento, "*anima sana in corpore sano*". El cuerpo entra así en la escena. Se piensa con el cuerpo en movimiento. Se piensa como cuerpo. Pero para la lógica aristotélica se requiere prescindir del cuerpo y de sus emanaciones, sus obstrucciones, de modo que funda la escritura simbólica, hecha de letras. Cuando se escribe, el cuerpo se retira de la escena.

Epicuro enseñaba en el jardín. No era el jardín de las delicias, pero le suponían prácticas orgiásticas. El cuerpo no sólo piensa, también goza. Su discurso no excluye al goce del cuerpo. A su jardín estaban todos invitados, incluso las profesionales más antiguas. No había derecho de admisión, no era un jardín para los mejores. Para Epicuro sólo existen átomos, o sea cuerpos, y vacío.

¿Qué prácticas consentimos nosotros? ¿Asociaciones de eruditos, académicas, en las que solamente entran quienes saben, quienes se sostienen en la posesión de una enciclopedia de ideas, ya adquirida? ¿Cómo entra el cuerpo en nuestra práctica? ¿Pensamos con el cuerpo, en el cuerpo, el cuerpo piensa en nosotros? ¿Propiciamos una escritura que expulse al cuerpo, o sostenemos un discurso en el que el goce está presente, aún en tanto que renuncia?

Estas otras prácticas de las que hablamos tienen en común una diferente entrada o participación de los cuerpos. Tanto en los tratamientos de chicos, en los acompañamientos, en las integraciones, el cuerpo del paciente y el cuerpo analista entran de prepo, por exceso, si así puede decirse, mientras que con el tratamiento llamado virtual, que prefiero llamar remoto, el cuerpo o los cuerpos parecen estar fuera de juego, sólo se percibe una parte de los mismos, representados y no presentes. Hace pocos días un humorista lo graficó con una sesión de las llamadas sesiones presenciales en la que el analista estaba en calzoncillos, y el paciente le recuerda que ya no eran sesiones por Zoom. Si en esas otras prácticas los cuerpos participan por exceso, en las curas remotas participan por defecto.

Pero se hace necesario, entonces, distinguir con alguna precisión a qué llamamos cuerpo, en particular el cuerpo del analista, y a qué llamamos presencia, en particular la presencia del analista. ¿Qué lugar tienen los cuerpos en los análisis?

CONVERSIONES Y CONVERSACIONES

El psicoanálisis nace con una subversión de la idea de dependencia de lo psíquico respecto de lo corporal orgánico, por cuanto subvierten la oposición que la ciencia médica siempre sostuvo. Para la medicina la oposición no es cuerpo / alma sino organismo / alma, soma / psique. Las parálisis histéricas vinieron a subvertir la lógica de conexión de las neuronas, la ordenada autopista de comunicación de la neurología. Freud habla de neuronas para explicar los síntomas, pero la histeria no es neuronal, las neurosis -pese a su nombre- se resisten a ser reducidas a alteraciones orgánicas de las funciones neurales del organismo.

Las asociaciones psicoanalíticas tradicionales, tributarias de la IPA, como APA o APdeBA, requerían que sus integrantes tuvieran un título habilitante, muy preferiblemente el de médico. Pero Lacan funda su escuela admitiendo en ella como miembros a “médicos, antropólogos y tutti quanti”²: la relación al inconsciente no se adquiere en la universidad, se alcanza en una práctica llamada impropriamente clínica³.

LACAN, CON EPICURO

¿Por qué el término clínica toma esa impronta de impropio? ¿Qué lo hace impropio? Consideremos otro término, quizás menos impropio: el clinamen.

² Acta de fundación de la Escuela Francesa de Psicoanálisis. 1964

³ Lacan. Seminario XVI, 14/5/69

Para Epicuro la perfección de la idea pertenece al dominio de los dioses: perfectos e inmutables, viven alejados de las preocupaciones humanas. No hay clínica en la perfección. Los fenómenos que nos aquejan y los productos de las acciones humanas no son simulacros en tanto copias de la idea -recordemos que para Platón el arte debe representar la idea como simulacro- sino que los simulacros se producen con la misma velocidad que el pensamiento, y con la misma entidad que cualquier objeto, aunque los simulacros o meteoros no sean estrictamente objetos.

Los meteoros, definidos como aquello que viene a perturbar la vida puesto que se desmarcan de la monótona armonía celeste, no son obra de los dioses, o lo son sólo en los mitos que intentan explicarlos. En la física los meteoros son acontecimientos inesperados, que ocurren en un tiempo y en un lugar indeterminados, y deben necesariamente requerir más de una interpretación, ya que escapan a lo eterno e inmutable como también a una causa única.

Así lo señala Lucrecio, en el libro II de *De rerum natura*: los átomos, cuando caen en línea recta a través del vacío “son empujados hacia abajo por su propio peso, (pero) en un momento del todo indeterminado y en un lugar incierto, se desvían un poco de la trayectoria, lo suficiente para poder afirmar que el movimiento ha variado”⁴. Que el tiempo en que ocurre sea indeterminado indica que no es previsible ni calculable, y que el lugar espacial sea indeterminado habla del carácter de imagen real de los meteoros, como por ejemplo el arco iris. ¿Dónde se localiza ese arco? O las nubes, que parecen sólidos, y sin embargo un avión puede atravesarlas.

Del divorcio ente el mundo inmutable de los dioses y el mundo imprevisible de los humanos se sirve Epicuro para introducir la idea del clinamen, y con ella sustenta que existan las cosas del mundo. Si nada se desvía de la línea recta, de la ortodoxia, nada sucede de nuevo. A diferencia de los filósofos aún más antiguos que él, que sostenían cuatro o cinco elementos primeros, había para Epicuro tan sólo dos elementos, los átomos y el vacío. Es por el choque producido por la desviación imperceptible en la caída de los átomos que algo se produce, y se produce, escuchemos bien, como síntoma o contingencia.

En una carta, a Herodoto, Epicuro explícita su teoría: “Si no existiera eso que nosotros llamamos vacío, y espacio, y sustancia intangible, los cuerpos no tendrían donde existir ni donde moverse del modo en que vemos que efectivamente se mueven. Ahora bien, a excepción de los cuerpos y del vacío, no hay cosa alguna que podamos imaginar, ni a través de los sentidos, ni por analogía con ellos como una naturaleza existente por sí misma y no como aquello que llamamos síntomas o contingencias”⁵

Resaltemos estos términos en Epicuro, que los coloca juntos: síntoma y contingencia. Lacan señala que el síntoma conserva un sentido en lo real. En cuanto a la contingencia, ligada al azar, Lacan se refiere a ella de modo diferente en el Seminario XI que en el XX. Veamos.

⁴ T. Lucrecio Caro. La naturaleza. Ed. De Ismael Roca Melia, Akal ed.

⁵ Epicuro, carta a Herodoto. En Obras de Epicuro, trad. De Montserrat Jufresa. Pág. 10. Altaya ed. Barcelona 1994

El azar es el fundamento del libre albedrío, de aquello que escapa al destino preanunciado, a una voluntad supuesta a los dioses. Epicuro es creyente, cree en los dioses eternos, “los dioses de lo real” como diría Lacan. Pero los sucesos que vienen a alterar la paz del mundo, los meteoros como ejemplo, no involucran a los dioses, puesto que escapan de lo eterno e inmutable. Son sucesos contingentes. ¿Cuál sería una lógica acorde a los meteoros? La meteorológica. Lo sabemos, el pronóstico meteorológico no solía ser muy confiable hasta hace poco tiempo atrás. Los meteoros antes se interpretaban según la fantasmagoría de cada quien. Últimamente se perfeccionó el cálculo. Pero aún no es posible calcular todo. Y aunque así fuera, lo contingente siempre se hará un lugar, y hará fracasar la perfección del cálculo. Lo incalculable es uno de los nombres de lo real.

Marx y Engels se refieren a la teoría de los meteoros en la famosa frase del *Manifiesto comunista*: “todo lo sólido se desvanece en el aire”, no siendo esa supuesta solidez más que meteoros, fenómenos ilusorios. Unos años antes, es en la doctrina de Epicuro que el joven Karl Marx, cuya tesis de doctorado fue sobre la diferencia en la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro, imagina la lucha de clases. Marx se basa en el choque entre auto conciencias, leyendo a Epicuro con Hegel. ¡Sólo a Marx podría ocurrírsele! Si no hay choque entre átomos no hay producción de nada nuevo, si no hay choque de autoconciencias, si no hay lucha de clases, no hay revolución.

Volvamos a Epicuro comentado por Lucrecio: “... Pero que la mente misma no experimente una necesidad interior en la realización de todas sus obras y, sometida, se vea como obligada a sufrir y padecer, eso mismo lo consigue la pequeña desviación de los átomos en un punto impreciso del espacio y en un momento indeterminado”. ¡Sufrimos de pequeñas desviaciones de lo átomos!

En esa doctrina de Epicuro Jacques Monod⁶ establece, en su libro con el que pone al alcance de los legos la teoría por la cual recibiera el premio Nobel de fisiología y medicina, la relación para la genética humana del azar y la necesidad, o en los términos que Lacan modela, sirviéndose justamente de ese libro de Monod, enseña que lo contingente habrá necesariamente de convertirse en necesario.

Monod propone, hace más de cuarenta años, y hoy es tan actual como entonces, que las mutaciones del código genético son muy frecuentes, y azarasas, no previsibles ni causadas por ningún agente más que por la contingencia, y que habitualmente no suelen tener expresión práctica o real, porque no prosperan, como lo atestiguan tantos abortos tempranos de embarazos, en los que hay que suponer algún error en la transcripción genética que hizo inviable el embrión. Pero, si la mutación prosperará, si diera lugar a un individuo mutante, necesariamente la mutación habrá de reproducirse, y entonces todos los individuos que sean hijos de ese ser biológico portarán en su genoma dicha mutación. Lo que se produce como contingencia se transforma en necesidad: necesariamente se transmitirá esa mutación a la descendencia.

Puesto en términos de la lógica lacaniana, si lo contingente es lo que cesa de no escribirse, y lo necesario es lo que no cesa de escribirse, el pasaje de lo contingente a lo necesario consiste en que ***lo que cesa de no escribirse no cesará de escribirse.***

⁶ J. Monod. El azar y la necesidad. Tusquet, España. 2016

Mutaciones vírales o del genoma. Salto entre especies, del animal al humano. Formaciones del inconsciente. Se trata de nuevos reales.

Todo aquello que es obra humana, por fuera del programa de la Creación divina, es producto de la contingencia, según esta vertiente teórica, si los efectos de dicha obra producen efectos inesperados e incalculables. La contingencia es así la introducción de lo propiamente humano en lo eterno. Piénsese en Hiroshima, piénsese en Chernóbil.

Pero no toda obra humana es incalculable en sus efectos. Piénsese en el desmonte del Amazonas y su consecuencia en los hielos continentales, piénsese en el glifosato y su consecuencia cancerígena en los humanos, como en la desaparición de los mosquitos que pululaban por las carreteras, piénsese en la quema de tierras en zonas de humedales.

La contingencia no es descuido ni desidia, es la incidencia de lo incalculable y de lo imprevisible en tanto que tal.

EL TIEMPO Y LA CONTINGENCIA

Lo contingente es también la introducción del tiempo humano en la eternidad de lo inmutable. En términos de la lengua, es la encarnación del Verbo divino en el tiempo humano, figurado por la Anunciación a María por parte del ángel Gabriel. Que hablemos, que el cuerpo sea un cuerpo que habla, depende de una contingencia, que la religión cristiana llama misterio; nos sorprende cuando no ocurre, cuando en verdad debería sorprendernos que sí ocurra. Lacan se pregunta cómo no advertimos que el lenguaje nos parasita⁷.

Hemos trabajado hasta ahora una primera manera de caracterizar lo real, consideración necesaria a partir de definir al síntoma como aquello que conserva un sentido en lo real, y que se presenta como contingencia.

Otra definición temprana de lo real es “lo que vuelve al mismo lugar”⁸, referencia a la física astronómica, retomada luego por Lacan al señalar que *eso gira*⁹, como los planetas que sostienen órbitas en apariencia inmutables. En lengua francesa eso conlleva un plus, porque “eso gira”, ça tourne, es homofónico con el nombre de un planeta, Saturno. Es así que otro modo de nombrar lo real es por el acontecimiento de nuevos reales, contingentes, transformando el “eso gira” newtoniano en el “eso cae” epicúreo, para signar esos acontecimientos de real que introducen un cambio de época, aquello que no tiene vuelta atrás: sea una catástrofe natural que destruye nuestro hogar, sea una muerte que nos sume en un duelo por lo perdido, sea una enfermedad que afecta al cuerpo y concentra nuestra energía desasiéndonos del mundo, sea un nuevo amor o un desamor que desarticula nuestra vida en común o en soledad, sea un accidente, un golpe de la fortuna, un síntoma o un lapsus. Son todos hechos muy dispares, pero ubicables en la misma posición estructural o en la misma relación topológica: se trata de lo que cesa de no escribirse.

Eso cae, cae junto, como síntoma o contingencia, según el clinamen de Epicuro.

⁷ Seminario XXIII. 23/2/76

⁸ Seminario XI. 5/2/64

⁹ Seminario XX. 26/6/73

O bien eso no cae, se presenta apenas como incidencias. Puntas de real¹⁰, las llamaba Lacan, puntas inasibles, inaprehensibles por el sentido, no abordables por la articulación Simbólico Imaginaria.

Frente a la irrupción contingente de un nuevo real cabe una defensa al estilo de Meynert y su amencia¹¹: comportarse como si nada hubiera sucedido, acunar al niño muerto, o alucinar que se lo acuna (como cuando alucina encontrar el objeto en la realidad, por lo que falla la prueba así llamada), desprenderse de lo real de la realidad y vivir en un mundo hecho de fantasías, mundo de las ideas, y eso en grados variables, como lo encontramos en las diatribas de los llamados teóricos de la “anti cuarentena”. Hacen como si nada ocurriera. Creen que lo real se reduce a lo visible o a lo contable, confunden la creencia con la existencia, la realidad psíquica con la objetiva. Es lo que Lacan llamó psicosis social. Creen que no hay más peligro que el del prójimo en tanto que hostil, desconociendo otras fuentes del malestar. Son aristotélicos, en tanto creen que es natural ser amo o ser esclavo, como creen que es natural tener obligaciones o ser inmunes a ellas. Recordemos que el término inmunidad proviene de no tener obligaciones como el común de los mortales: inmune es el que no está obligado.

“Que se mueran los que se tengan que morir” se sitúa igualmente en esa pretendida procedencia natural de un destino prefijado para unos y para otros.

También ocurre algo similar, en grados diversos, con la posición respecto de los procesos inconscientes, y esto corre tanto para la derecha como para la izquierda: a los procesos inconscientes se los puede negar o desmentir, desoyendo su carácter político como desprendimiento de lo real, de lluvia de significantes que provienen de la ruptura de un semblante, de un meteoro: es que el trueno inabordable de la irrupción del inconsciente sacude la pretendida zona de confort del Yo.

TIEMPO DE PREGUNTAS

Lacan se pregunta en variadas oportunidades por qué no hablan los planetas¹². Yo quisiera partir de la pregunta inversa: ¿por qué hablamos, en vez de vivir en el silencio, como los planetas? *Sileo no es taceo*, recuerda Lacan¹³, una cosa es callar algo que podría decirse, otra cosa muy distinta es el silencio inexpugnable de los dioses. Los dioses, tal como Epicuro lo sostuvo, no callan, sino que están en silencio, puesto que nada tienen para decir. No tiene sentido invocarlos, ya que ellos tienen prohibido intervenir en los asuntos humanos -véase Tan lejos, tan cerca, de Win Wenders-.

Si hablamos es porque algo se desvía de la línea recta, de la caída libre de los átomos, del destino prefigurado, del hastío de lo previsible. Algo se produce, en un tiempo y en un espacio inasibles, en algún sitio pero que no se sabe dónde, como el anudamiento del nudo borromeo; y eso que se produce como azar, como azar en el

¹⁰ Seminario XXIII, 16/3/76

¹¹ S. Freud. Neurosis y psicosis. 1924

¹² Seminario II. 25/5/55

¹³ Seminario XIV, 12/4/67

circuito de la inercia repetitiva, engendra una necesidad. Hablamos porque se nos hace necesario.

Emil Benveniste sostenía que no hablamos para comunicarnos, hablamos para vivir.

Pero hay quienes viven y no hablan; para ellos no es necesario hablar, ellos no saben que el lenguaje sirve para comunicar tanto como para para incomunicar. Para ellos existe el lenguaje, pero está desprovisto de su anclaje en la lengua. Los llamamos los autistas. No es que no dispongan del habla como función, ni del lenguaje como organización. Es que no han logrado ensamblar lo real contingente del mundo con la vida singular que animan. ¿Cómo es que teniendo alma, siendo seres humanos animados, no hablan? ¿De qué cuerpo disponen, si no hablan?

Las cosas del mundo no tienen para ellos ningún ordenamiento ni ningún interés comunicable o transferible, por lo que nada de ese mundo parece afectarlos subjetivamente; en todo caso el mundo los afecta realmente, se inquietan como los animales cuando se avecina tormenta. No soportan los ruidos. Se desesperan cuando algo cambia de lugar. No distinguen los objetos de los meteoros, diríamos, inspirados en Epicuro.

Se desesperan si algo cambia de lugar, dije. ¡De lugar! Pero si acabo de decir que no hay ningún ordenamiento, que viven en un real puro, al decir de Lacan. No hay orden, pero hay cosas que permanecen en su sitio, para ellos el sitio no se diferencia del lugar, lo real no se articula con lo simbólico.

Ubiquemos la diferencia, que es fundamental, entre el sitio, registro de lo real, y el lugar, registro de lo simbólico. Ejemplo de los comensales, de los libros ordenados según la numeración. El autista resulta un analfabeto en lo simbólico en tanto que registro que ordena el real. La concordancia entre sitio y lugar no siempre ocurre, ya que para el neurótico no todo es real. Aunque a veces se confunde, el neurótico, creyendo que si “hay sitio para todos” eso promete un lugar en particular. Ejemplo de las localidades numeradas.

Si el sitio organismo -es decir el cuerpo de un semejante- que emite una palabra no coincide con el lugar simbólico que la condiciona y la autoriza, -es decir lo que connotamos como Otro-, la palabra del i(a) resulta metáfora de A. Instancia tercera en toda relación imaginaria constituida.

Entonces, si bien importa que sea de un organismo corporal que surge el sonido que soporta la voz, lo que cuenta es que ese semejante está en referencia al lugar desde donde es posible codificar lo que se dice: el pequeño otro semejante es metáfora del gran Otro simbólico. De lo contrario, si se confunde el otro imaginario con el Otro simbólico, la palabra emitida resultará topológicamente una alucinación (para el esquizofrénico todo lo simbólico es real¹⁴, glosando a Hegel cuando sostuvo que todo lo real es racional) puesto que los tres registros estarán en continuidad, indiferenciados.

¹⁴ Lacan. Escritos. Respuesta al comentario de Jean Hyppolite

MÁS PREGUNTAS

Hay gente que se toma algunas preguntas muy en serio. Por ejemplo, los llamados terraplanistas. Tomemos también en serio una de sus preguntas. Cómo es que, si la Tierra gira alrededor del Sol, es decir que se mueve, y a gran velocidad, algo así como 11000 km por hora, ¿cómo es que nos parece que estamos quietos, y no notamos ningún movimiento? Podemos explicarles, quizás tan elocuentemente como Galileo y Kepler y Newton, que existe la atmósfera y que existe la inercia, y con Einstein les explicamos que todo movimiento es relativo. ¡Muy bien! Les tiramos toda la biblioteca encima, todo el saber... y ninguna evidencia sensible.

Eso ocurrió en su tiempo con los recién mencionados científicos. Pusieron toda la biblioteca en juego, desde la de Alejandría hasta la de Florencia, y no lograron conmovier ni un centímetro las certezas de la ideología, que puede más que la evidencia cuando no es sensible. Y si nos preguntamos cómo fue recibida la novedad de Galileo, no podemos quedarnos impasibles.

Eppur si muove! Exclamó Galileo, cuando se vio obligado a abjurar de su idea loca de que la Tierra gira alrededor del Sol. La Inquisición también, como los terraplanistas, se tomaba muy en serio las cosas, y defendía el geocentrismo tanto como la infalibilidad del papa. A Giordano Bruno, que no se desdijo, que siguió sosteniendo que la Tierra se mueve y que el universo es infinito, no le había ido tan bien, terminó en la hoguera. Galileo lo tuvo en cuenta.

Es casi impensable, aún para nosotros, no perturbarnos con la teoría de Kepler, contemporáneo de Galileo, teoría que dice que los planetas giran alrededor del Sol desplegando una elipse que tiene dos focos, uno de ellos ocupados por el Sol y el otro por... ¡por nada! ¿Estrategia del tero, que pone el huevo en un lugar y canta en otro...? Pero al menos en la vida del tero hay algo objetivo en los dos lugares y no un vacío en uno de los focos que opera como contrapunto del Sol. ¿Un vacío en un lugar homólogo al Sol? ¿Cómo imaginar la fuerza que proviene de un vacío?

Pero, además, según el principio de inercia, los planetas seguirían su curso de movimiento lineal uniforme alejándose del sol a menos que... a menos que la fuerza gravitatoria se los impida, y entonces retornan, retoman su órbita, pero... la velocidad que animan resulta que no es uniforme: más cerca del Sol van más rápido, más lejos del Sol van más lento. No sólo la Tierra se mueve a gran velocidad, sino que esa velocidad varía, como lo apreciamos cuando empujamos el columpio en cada vaivén. Cada paso cerca el Sol es como un impulso de columpio, la acelera. ¿Y cómo no sentimos esa variación? Nuestro cuerpo, tan sensible, ¿no experimenta nada de esa variación?

No quiero perturbarles el sueño de esta noche con más de estas preguntas. Simplemente quiero recordarles que, cuando Lacan habla de la subversión del sujeto, habla de descentramiento, habla de pensar de un modo no esférico, de tratar de no *panzar*, de no pensar con la panza, en redondo, de no pensar esféricamente, sino de pensar descentradamente, puesto que el decir inconsciente descentra la armonía redonda del Yo, el Yo que se congratula de la buena forma, redondeada, de su barriga libre de conflictos, ubicada en el centro mismo de sus intereses.

Lacan nos invita a pensar que un foco de nuestro sistema solar es nuestra panza, el plexo solar, nuestro Yo, pero recordemos que hay otro foco de pensamiento, que es

el que resulta regulado por un vacío, al que Freud quiso llamar inconsciente. La subversión freudiana es esa, no es copernicana, es más bien tributaria de Kepler: una consistencia (yoica) y un vacío (inubicable) alrededor de los cuales gira nuestra vida psíquica.

Como ven, no hay nada nuevo bajo el sol. Aunque luego de lo dicho ya no tiene mucho sentido decir *bajo el sol*, puesto que no hay un tal arriba ni un tal abajo en el universo. Pero la lengua también tiene su inercia, **las lenguas tienen inercia**, y seguimos hablando de la salida del sol. Es en la lengua, en el cuerpo de la lengua, donde leemos el modo en que cada cual se enlaza, con su armazón de fantasías, a lo real del mundo. Los italianos llaman al atardecer tramonto, refiriéndose a cuando el sol *se oculta* tras los montes. Eso en retórica se llama prosopopeya, que quiere decir dar a las cosas inanimadas un alma, una vida, una intención. El sol se esconde... y si le preguntáramos al sol qué hay tras esos montes, qué lo tienta cada atardecer para ir a ocultarse allí. Bueno sería que nos respondiera. ¡Qué susto nos daría! Si ocurriera, resultaría algo siniestro. Los astros no hablan, su silencio los mantiene fuera del dominio de lo humano. Y, sin embargo, más allá del registro metafórico, tal como se puede escuchar y leer en expresiones como la *luz de mis ojos* o *el sol de mi vida*, es en las fantasías literarias o de cuentos para niños donde el Sol y la Luna pueden dialogar, (qué lindos que son tus dientes...) constituyendo una suerte de retorno del animismo supuestamente superado. Aun hoy Saturno y Neptuno siguen siendo representados como los dioses del tiempo y de las aguas. Y *El viejo de los tiempos* que solemos tener como imagen de este seminario es uno de los nombres de Dios.

Bendice nuestro seminario, Diosito, ¡hacenos lacanianos! Podríamos implorar a nuestro dios privado. No podríamos vivir fuera de un mundo de la representación, ya que, finalmente, en algo tenemos que creer si queremos dormir tranquilos esta noche.

Recapitulando

Recorrí a partir del interrogante inicial los siguientes puntos:

- 1- Del cuerpo hablante a la imagen parlante
- 2- La clínica como deriva de la línea recta (clinamen)
- 3- El cuerpo en la lógica (Aristóteles, Epicuro)
- 4- Pensar con / sin el cuerpo.
- 5- El cuerpo como organismo (medicina), como imagen, el cuerpo de la lengua
- 6- El descentramiento subjetivo -Lacan con Kepler-
- 7- El síntoma como contingencia, lo que cae junto -Lacan con Epicuro-
- 8- El cuerpo como escritura -pasaje de lo contingente a lo necesario-
- 9- El cuerpo y su relación al habla. El tiempo humano en el tiempo eterno.